

La cuestión de la pobreza: relatos cotidianos en las comunidades andinas de los valles intermontanos de Salta

Mariana Quiroga Mendiola¹ y María Cora Paulizzi²

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo poner en relieve y reflexionar en torno de la vivencia cotidiana de la “pobreza”, por parte de campesinos e indígenas que habitan en el mundo andino de la Cordillera Oriental de Iruya, Salta. Se trata, puntualmente, de la percepción y vivencia que estos sujetos advenidos pobres tienen de sus actividades, posibilidades de vida y de mundos, en el acaecer de la diferencia y su coexistencia.

Pues se parte del supuesto de que la “pobreza” no es un “estado natural” de ciertos hombres y mujeres, sino que es una construcción acaecida histórica y políticamente, en contextos concretos: “Ella es inherente a la lógica del capital, ella deviene de los intereses contradictorios entre capital y trabajo y surge en relación a la producción de población excedente o superpoblación relativa, la pobreza en ese sentido no es un “estado” sino un producto de la lógica de acumulación capitalista” (Álvarez Leguizamón, 2005a: 26).

Así, su naturalización deviene una estrategia discursiva atravesada por la gubernamentalidad³ neoliberal-neocolonial hegemónica, materiali-

-
- 1 Licenciada en Recursos Naturales. Magister en Desarrollo de Zonas Áridas y Semiáridas de las Universidades del N.O.A. Doctoranda en Ciencias Agropecuarias, Fac. Cs. Agrop. Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora Instituto de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Pequeña Agricultura Familiar, Región NOA, INTA. Docente Universidad Nacional de Salta, Facultad de Ciencias Naturales. E-mail: marianaquirogamendiola@gmail.com
 - 2 Licenciada y Profesora de Filosofía. Especialista en Políticas Sociales. Inscripta en el Doctorado de Filosofía. Área Antropología. Universidad Nacional de Buenos Aires. Becaria CONICET. Universidad Nacional de Salta. E-mail: corapaulizzi@yahoo.com.ar
 - 3 La gubernamentalidad es tomada de Foucault (2006) y comprendida en el marco del gobierno de la conducta, como un campo estratégico de relaciones de poder para dirigir (conducir, gestionar) la vida de los otros (población, masa) y de sí mismo. Respecto de la noción de “gubernamentalidad” Foucault se pregunta: “¿Es posible resituar al Estado moderno en una tecnología general de poder que haya asegurado sus mutaciones, su desarrollo, su funcionamiento? (...) ¿se puede hablar de ‘gubernamentalidad’, que sería para el Estado lo que las técnicas de segregación eran para la psiquiatría, lo que las técnicas de disciplina eran

zada en discursos varios de Desarrollo Humano, Desarrollo Social, Desarrollo Rural, Etnodesarrollo, etc. En este sentido, se considera, siguiendo a Murillo (2008), que la inevitabilidad de las carencias humanas depende, en buena medida, de las transformaciones de esas condiciones dispuestas como mejores y únicas.

De este modo, consideramos que en torno de los considerados y olvidados “pueblos indígenas-origenarios” en la Argentina existe un conjunto de factores y relaciones históricas y estructurales, que configuran esta situación de “pobreza”: despojo de los medios de producción y subsistencia, discriminación étnica y de clases, dependencia, paternalismos y clientelismos, aislamiento geográfico y deterioro del entorno ecológico.

En este contexto, la realidad cotidiana de quienes devienen “pobres”- percepciones, sensaciones, sentimientos, pensamientos- así como sus mundos de “pobreza”, muchas veces pasan desapercibidas por quienes la contactamos permanentemente, y quizás más aún, por quienes elaboran y proponen programas y planes para “ella”, desde sitios y posiciones lejanas a las realidades concretas y cercanas a intereses hegemónicos específicos.

En este sentido, la intención del presente artículo es compartir experiencias de trabajo, que aún siguen en camino en la zona señalada, a través de una breve descripción de las mismas, según la dimensión vivida de quienes son considerados “pobres”, en los márgenes del mundo rural –indígena y campesino-. Si bien, dicho trabajo resulta de entrevistas, talleres y reuniones en comunidades, también se ha recurrido a datos obtenidos por el Programa de Atención Primaria de la Salud del Hospital de Iruya y a la experiencia cotidiana de diferentes trabajadores de la salud, en la provincia de Salta.

1. El espacio de vida de las comunidades andinas en Iruya

El Municipio de Iruya está ubicado en los faldeos orientales de la sierra de Santa Victoria, límite entre las provincias de Salta y Jujuy. Se trata de un ambiente de relieves escarpados, con un marcado gradiente altitudinal que se extiende desde aproximadamente los 2.300 m snm hasta poco menos de 4.200 m snm. El clima es semiárido de alta montaña (Bianchi y Yáñez, 1992) y la vegetación acompaña el gradiente altitudinal, pasando

para el sistema penal, lo que la biopolítica era para las instituciones médicas” (Foucault, 2006: 146). Así, la gubernamentalidad da cuenta de las transformaciones sociales y políticas producidas desde el siglo XVII a partir de lo que Foucault considera como proceso de “gubernamentalización del Estado”, vinculado, ante todo, a la cuestión de la urbanización (escasez, circulación, seguridad, territorio y población).

desde la selva pedemontana a los pastizales de altura de las yungas, puna y vegetación altoandina

Las comunidades de la Cordillera oriental están organizadas territorialmente dentro de las denominadas “fincas”, herencia de las antiguas mercedes reales y que actualmente se encuentran en un proceso de reclamo por los títulos de propiedad. En la actualidad han ido surgiendo una serie de litigios en que se involucran demandas particulares por derecho veinteñal y reclamos colectivos por derecho comunal aborígen, en relación con las posibilidades abiertas por la reciente reforma de la Constitución Nacional y la firma del Convenio 169 de la OIT por parte de la Argentina⁴.

El territorio⁵ en el que centramos nuestro análisis (Finca El Potrero) ha obtenido las tierras en forma comunitaria a fines del siglo pasado, para lo cual sus habitantes han debido constituirse en una asociación formal: el Centro Comunitario de Finca El Potrero⁶. Esta Finca rodea al emplazamiento del pueblo de Iruya, la capital del Municipio, consta de 20.000 h y está compuesta por cinco comunidades y varios parajes pequeños.

1.1. Historia del despojo

Las tierras altas de la Cordillera oriental habían sido escenario de relocalizaciones de mitimaes⁷ por parte del incario, antes de la llegada de los españoles, puesto que se trataba de las fronteras con los chiriguano al sureste del imperio. Además, eran tierras sumamente aptas para el cultivo y, en períodos de paz, para el rico intercambio de bienes con los pueblos de selva y chaqueños.

Durante la colonia, siguiendo a Reboratti (1996), el reino de España concedió estas tierras por medio de mercedes indivisas a españoles de la colonia. Iruya fue entregada, en fecha desconocida, a Don B. Madrigal

4 Constitución Nacional 1994: art. 75 inc. 17, 19 y 22; y Convenio 169 OIT refrendado por la Argentina en el año 1992.

5 En este sentido, el “territorio” es comprendido como “espacio de vida”, no solo en términos geográficos, sino en el complejo entramado de las tensiones y vínculos sociales, culturales, políticos, económicos y las relaciones de poder, que lo constituyen. Parafraseando a Schneider y Peyré Tartaruga (2005), el territorio comprendido a través del individuo y su relación con el cotidiano es el local de acción inmediata del sujeto.

6 Ley provincial n° 6570 de adjudicación de tierras al Centro Comunitario de Finca El Potrero, Personería Jurídica n°102/91.

7 Grupos aborígenes que bajo el dominio incaico fueron trasladados de sus lugares de origen, con el fin de hacer un amplio aprovechamiento de las variadas condiciones ecológicas o de afianzar las fronteras del imperio, entre otros.

antes del año 1700. El gobierno independiente, luego de 1810, reconoce la propiedad de estas haciendas a quienes detentaban las mercedes

A inicios del siglo XX la mayor parte de estas tierras habían sido arrendadas o compradas por el ingenio azucarero San Martín del Tabacal de las tierras bajas, cuyos dueños ejercieron en adelante el control de la mano de obra mediante la exigencia del pago de subarriendos o pastaje (Bisio y Forni, 1976). Esto impuso a los habitantes de las tierras altas la venta obligada de mano so pena de castigos corporales, expulsiones u otros modos coercitivos, generando así la desorganización abrupta del sistema productivo predial y comunitario. El ingenio de este modo obtenía mano de obra muy barata y segura: habituada al trabajo agrícola, no necesitaba ser mantenida más que durante el período de cosecha, puesto que en las tierras altas el sistema productivo doméstico -aunque debilitado- persistía asegurando la producción de braceros suficientes para la zafra.

Así, las familias debieron recurrir a nuevas estrategias de producción y supervivencia. Los cambios más evidentes ocurren por el abandono parcial de los predios de cultivo debido a la emigración de la totalidad o parte de la familia, durante al menos siete meses al año, la producción predial disminuye sensiblemente debido al menor trabajo invertido, especialmente durante la preparación de la tierra para la siembra, que ocurre en agosto cuando los zafreros aún están trabajando en las plantaciones azucareras. Se resiente el mantenimiento de infraestructura (acequias, pircas) y el mantenimiento del ganado, disminuyendo las posibilidades productivas en los meses en que la familia está de regreso.

Los ingresos de la unidad doméstica se compondrán a partir de ese momento por el salario, al que se sumará la debilitada producción predial para autoconsumo y venta. Entretanto las estrategias comunitarias y familiares se entrelazan en el refuerzo de los sistemas de remesas y reciprocidades, para garantizar el sostenimiento de la infraestructura productiva predial y del sistema ganadero durante la ausencia temporaria o semi-permanente de la familia completa o del jefe de familia. Paralelamente, se intensifican los contactos con el mundo exterior, impulsando el flujo de información, de tecnología, especies (principalmente vegetales), entre las tierras bajas y las tierras altas.

El trabajo asalariado y el sistema de endeudamientos utilizados por los contratistas de los ingenios genera, además, el aceleramiento de la incorporación al mercado de los habitantes del lugar, en menoscabo de las tradicionales ferias de trueque, ocasionando la ruptura de ciertos flujos de bienes y productos entre la puna, los valles y la selva, además del quiebre de lazos de confianza construidos entre feriantes, por lo general mediante relaciones de compadrazgo⁸.

8 Hubo también una clara intencionalidad de ruptura de estos sistemas tradicionales de in-

2. La pobreza en cifras en Iruya

El departamento de Iruya presenta uno de los índices de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) más elevados de la provincia de Salta (49,7% de la población y 49,3% de los hogares), por encima del promedio provincial (31,6% y 27,5% respectivamente)⁹. El 100% de la población del departamento es considerada población rural y al menos un tercio de la población mayor a 15 años, analfabeta o sin estudios. Las actividades económicas formales se concentran sobre el sector público, “registrándose solo el 10% de los ocupados como obreros privados” (Natera Rivas, 2005: 103).

En Iruya (2002) el 81% de las explotaciones agropecuarias estaban dirigidas por pequeños productores, cuya dotación de recursos no les permite vivir exclusivamente de su explotación y mantenerse en la actividad, por lo que deben recurrir a otras estrategias de supervivencia (trabajo fuera de la explotación, asalariado); explicándose su continuidad en la actividad por el aporte que recibe de programas públicos de asistencia social y otros ingreso eventuales (Obschatko, Foti y Román, 2006).

Mirado desde quienes trabajaron en terreno largos años, en la III Asamblea Prelaticia de 1998, los datos de encuestas realizadas en todo el ámbito de la Prelatura de Humahuaca (puna y quebrada jujeña, además de los departamentos de Iruya y Santa Victoria, en Salta) mostraban que el 74% de los niños tenían carencias nutricionales de vitaminas y proteínas, mientras que el índice de mortalidad infantil rondaba el 75%, siendo de los más altos del país.

En Iruya sólo el 14% de los niños, parafraseando a Torres (1996) “comen lo que deberían comer”, es decir, un balance adecuado de grupos de alimentos. Los datos de Atención Primaria de la Salud, primer semestre de 2005, evidenciaron una mortalidad infantil en el Municipio de Iruya del 37%; y la desnutrición de niños entre 0 y 2 años del 17%.

3. Las actividades de las familias campesinas en el contexto actual

La principal actividad productiva, en todo el municipio, se basa en agricultura de subsistencia, cuyos cultivos principales son papa andina, maíz y alfalfa. Se desarrolla ganadería a pequeña escala de ovejas y ca-

tercambio: se relata en algunos sitios el cobro de una suerte de “peaje” o “permiso para caravaneros” cuando intentaban llegar los campesinos de la puna, como antaño, a intercambiar carne y sal por maíz, papa en los valles de altura; o naranjas o panes de azúcar en la zona de selva.

9 Datos extraídos del INDEC, CNPHyV, 2001

bras, y se crían vacunos en forma trashumante, aprovechando la oferta forrajera invernal de los pastos ubicados en la zona “de monte”¹⁰ en las tierras bajas de las yungas. Los escasos excedentes de la producción son destinados a trueque o venta local.

Es importante, en algunas localidades, la actividad artesanal: la mayoría de los habitantes dedica una parte de su tiempo al hilado, preparado de la lana y tejido de ponchos, frazadas o alforjas. Estas prendas se ofrecen a la venta en el mismo pueblo si es medianamente accesible o en un local habilitado para ello por la Municipalidad en Iruya.

Como dijimos, durante todo el siglo pasado la economía familiar ha estado complementada por trabajo asalariado en la zafra azucarera, primero compulsivamente por el sistema de arriendos y endeudamientos, y luego de manera “voluntaria”, mediante el condicionamiento que impone el contexto de pobreza y empobrecimiento centenarios.

La mecanización de la zafra azucarera termina de expulsar la mano de obra campesina hacia fines del siglo XX: en 1998 ya casi no hay hombres en Iruya que bajen a la zafra. Las familias campesinas se encuentran paulatinamente fuera del mercado laboral y regresan -total o parcialmente- a sus tierras. Allí reciben sucesivamente, planes Trabajar o planes Jefes de Hogar como subsidios a la pobreza rural de quienes son extraordinarios productores agrícolas, pastoriles y artesanos.

En la actualidad, Iruya se ha constituido en un enclave turístico difundido profusamente por el Gobierno de Salta. Esto es visualizado como una oportunidad (tanto así también como una amenaza) por los iruyanos. Pues, numerosos jóvenes se agolpan todos los días en la Secretaría de Turismo de la Municipalidad, en horarios prefijados, con el fin de anotarse como guías turísticos para el día siguiente. Además han proliferado hostales, albergues, comedores y locales de artesanía en Iruya y también en los pueblos de acceso más frecuente por los turistas. Este proceso de “mercantilización” de la cultura propia del pueblo de Iruya, así como del espacio y el paisaje, es decir, su progresiva transformación en mercancía para compra y venta, como así también el miedo a los rasgos o hábitos de las culturas con las que se abre contacto (el uso de ropas ligeras, drogas, etc.) se viven allí como potenciales “peligros”. A su vez, esta mercantilización de la cultura y formas de vida se ve acompañada de un proceso de mercantilización de las relaciones sociales, lo cual:

...lleva implícito la destrucción o debilitamiento de las instituciones gubernamentales conocidas; siendo el rasgo más notorio la desgubernamentalización del “bien común”, concomitantemente con la promoción de su desplazamiento

10 “Monte” es la denominación local para las tierras bajas en que la vegetación es propia de Bosques Montanos y Selva de la provincia fitogeográfica Yungas.

to a través y de las organizaciones de la sociedad civil o no gubernamentales como instituciones proveedoras del bien común... (Álvarez Leguizamón, 2005a: 27).

Sin embargo, también, en los últimos años se percibe desde las montañas una aparente y moderada reactivación de la producción y la construcción en el país, generando oportunidades de empleo ocasional para los hombres del mundo campesino. Un sector de la población económicamente activa de Iruya ha recommenzado la emigración temporal, al menos durante tres meses al año, a trabajar en la cosecha de tabaco (verano) o de caña (invierno) en Tucumán, Salta o Jujuy u otros puntos más alejados (la vid en Cuyo, la papa en Buenos Aires, la construcción en la Patagonia, etc.)¹¹. Es importante tener presente que las remuneraciones de estos trabajos temporales no dejan de ser a destajo y en condiciones, muchas veces, in-humanas. A su vez, la fluctuación y movimiento poblacional suele ser sentido como un problema de vaciamiento comunal.

3.1. Cómo perciben su actividad cotidiana –trabajo- “las mujeres” en la comunidad

Bajo el supuesto de que la cuestión de la pobreza no remite solo a una ausencia de ingresos, sino a una multiplicidad de factores (...) las actividades varias, que los habitantes del pueblo realizan para sobrevivir en su cotidiano, son experimentadas y vivenciadas como “trabajo” de maneras diversas, ante todo poniendo de manifiesto que las carencias materiales se entrejen con dolores, ausencias, sufrimientos, recuerdos, deseos; es decir, modos de hacer, sentir, pensar y ser en el mundo y entre mundos, a veces in-mundos y siempre diferentes.

Sobre el trabajo en el surco, la mayoría de las mujeres campesinas dicen que trabajar con el pico es “lo más pesado que les toca hacer”, tanto que desearían no tener que realizar trabajos pesados. Sin embargo, la mano de obra familiar para la producción predial es una restricción permanente en los hogares campesinos. Estas restricciones, como hemos visto, han resultado incentivadas por las formas de vínculos y explotación establecidas por decisiones ajenas a las comunidades.

En la comunidad se aprecia mucho la realización de trabajo artesanal, especialmente el hilado en los tornos hidráulicos en el río, momento en que las mujeres dicen poder encontrarse consigo mismas, “sentadas y tranquilas”. No obstante, se subraya el problema del reuma que se supone

11 Iruya, San Isidro, 2005.

trae el trabajo en contacto con el agua y el suelo húmedo. Además la exigencia a los ojos que deparan todas las tareas artesanales: especialmente al no haber luz artificial, muchas veces el hilado, limpieza de la lana, terminaciones, etc., se realiza a la luz del mechero produciendo irritación a la vista y también “hace mal al respirar”¹².

Las malas condiciones de trabajo y la precariedad en el ambiente doméstico traen problemas para su salud y bienestar. Al hablar del momento cotidiano de cocinar en el fogón, dicen las mujeres: “el humo hace doler los ojos...”; “ya estamos acostumbradas a cocinar así” [en cuclillas]; “el humo hace doler la garganta y un poco el pecho”; “...cocinar con bosta seca hace mucho humo, salimos mareadas de la cocina”.

Cuando se trata de lavar la ropa: “...el problema aquí son los niños... se ensucian mucho, y no hay agua, y si hay, está tan fría que duelen las manos para lavar”¹³.

Una interesante reflexión que hacen las mujeres sobre el trabajo femenino es que: “el trabajo de los hombres aparece, el trabajo de nosotras no aparece nunca. Hay que lavar y al otro día todo está sucio de nuevo...”¹⁴. Esta invisibilidad de la labor femenina responde por un lado a cuestiones culturales y, por otro lado, pone en evidencia la supuesta “vulnerabilidad” de las mujeres, como un grupo minoritario, en el entramado de las prácticas políticas hegemónicas de intervención.

3.2. Y el trabajo-actividad masculino

Los hombres son los encargados principales del cultivo (despedrado, piqueado, reparación de acequias, arado) y también son los que suelen emigrar en forma temporaria, como peones rurales o de la construcción, fuera de la comunidad.

El ganado vacuno se maneja de manera trashumante. Los hombres de a caballo son los encargados de llevar el ganado mayor al “monte” en mayo, trayéndolo de regreso en noviembre. Esta tarea reporta grandes riesgos, puesto que la cordillera oriental es sede de permanentes aluviones y “volcanes de barro” durante la temporada primavera-verano. Cuando viene el “volcán”, la caudalosa remoción masiva de material descendiendo a gran velocidad se encauza por las playas de los ríos que funcionan, además, como vías de comunicación y acceso a los territorios de inverna-

12 Taller de mujeres L. C., Iruya, 2004.

13 Diagnóstico comunitario L. C., Iruya, enero 2005.

14 Taller de mujeres en San Isidro (S.I. de ahora en más). 2003, Iruya.

da del ganado vacuno, ocasionando no pocas veces la pérdida de ganado y de vidas humanas.

La calidad de trabajo cotidiano de los hombres tampoco parece ser experienciada como "buena"-en ningún sentido-, pero solo como ejemplo ponemos aquí a consideración la actividad de riego, que suele realizarse en horas de la madrugada (3 o 4 de la mañana en adelante e inclusive directamente sin ir a dormir en toda la noche) durante los meses de mayor estrés hídrico, que son también los meses de temperaturas mínimas (julio-agosto) con algunos grados bajo cero. Esto es motivado por la escasez de agua y por la demanda creciente de riego por parte de las familias nuevas o aquellas que han regresado a la comunidad, por la falta de trabajo en los antiguos centros de demanda de mano de obra, durante el siglo pasado. Las condiciones precarias de la infraestructura de riego, deteriorada por el abandono secular que soportaron durante los tiempos de zafra, ocasiona la alta infiltración que sufren los recorridos de las acequias, la falta o rotura de sistemas de almacenamiento, tomas de agua precarias, etc. Además, las características climáticas y geomorfológicas de la zona producen desmoronamientos y aluviones que dificultan mucho la construcción de mejoras con carácter permanente, demandando el compromiso de muchos jornales por año para el reacondicionamiento de todo el sistema productivo.

Cuando les preguntamos qué quieren para sus hijos, los hombres dicen: "que haya trabajo", "...sí trabajo hay mucho pero no ganamos. Es para comer. Pero necesitamos cosas que acá no hay, por fuerza hace falta plata" (País, Álvarez, Quiroga Mendiola y Tejerina, 2004: 3)¹⁵. Esto, parece poner de manifiesto aquello que "hace falta a los pobres", como el acceso a bienes, a cosas a dinero, y no solo a sus capitales humanos y sociales, es decir, a las relaciones que pueden tejerse entre ellos y en sus comunidades para colaborar en la superación de su propia pobreza. Pues, lo que se evidencia es que las estructuras económicas y políticas distributivas resultan según las lógicas gubernamentales hegemónicas, inmodificables e intocables, pues devienen sustanciales y hacen de la desigualdad un inevitable, según Murillo:

...las estrategias discursivas dominantes tienden a normalizar el pensamiento, naturalizando la desigualdad como parte de la estructura ontológica del ser humano, concepto que se articula con la idea de que la pobreza es una evidencia incuestionable (Murillo 2008: 46).

15 Ponencia. III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural, 3, 4 y 5 de marzo de 2004, Tilcara, Jujuy.

De modo tal, que lo pobres siguen siendo “cada vez más pobres”, en los umbrales y los márgenes.

3.3. Los ingresos monetarios de las familias campesinas

Si bien la pobreza no es solo una cuestión de “bajos ingresos o ausencia de los mismos”, en un sistema regido por la lógica del mercado, como ya ha sido explicitado, estos son una parte importante en el proceso de construcción y sostén de la misma.

Los ingresos para autoconsumo se obtienen, sobre todo, del trabajo en las parcelas de cultivo para las familias campesinas, la cual es una tarea cotidiana llevada a cabo con un gran esfuerzo físico sostenido a lo largo de los años y desde muy temprana edad.

Si sumamos los ingresos estimados a través de la producción de bienes destinados a autoconsumo y a venta, además de los ingresos por changas, tareas mensualizadas, jubilaciones, pensiones, planes para desocupados, etc. una familia iruyana percibía en el año 2005 como ingreso promedio anual \$ 2.600 (Desvío Estándar = \$ 804). Esto es un ingreso mensual familiar de aproximadamente \$ 217,00, (ca. 70 dólares) o, lo que es lo mismo, \$ 43,0 (menos de 15 dólares) por mes per cápita¹⁶. Consideramos que estos valores pueden estar subestimados pero, aún duplicándolos, los niveles de pobreza son evidentemente altos (la Canasta Básica de Alimentos Familiar – Línea de Indigencia - aceptada oficialmente en diciembre de 2005 fue de \$ 349,75 mensuales, y la Canasta Básica Total Familiar – Línea de Pobreza, fue de \$ 741,48)¹⁷.

Los ingresos monetarios extraprediales de todo tipo suman un total de 82% del ingreso total de las familias, sean estas pobladoras del medio semiurbano (Iruya propiamente dicho) o de los pueblos adyacentes. Esto nos plantea interrogantes en cuanto a la dependencia real de las familias de su sistema productivo predial. Es posible que casi el 20% que aporta la producción agrícola y ganadera sea el distintivo esencial que convierte a estas familias en “productoras agropecuarias”, aportando parte sustancial de la dieta. El restante 80% se destina a la compra de vestimenta, remedios, cuotas, educación, viajes, información-comunicación (pilas, baterías, electricidad, etc.) y alimentos que no se producen en el lugar (aceite, ha-

16 Datos relevados en 3 localidades del Municipio de Iruya, en el año 2005, sobre una muestra de 71 familias que totalizan 316 personas.

17 Calculado en base a una familia tipo de 4 personas para la Región NOA. Dos adultos, una hija de 12 años y un hijo de 8 años, que representan un total familiar de 3.19 Adultos Equivalentes.

rina de trigo, yerba y azúcar). Estos ingresos provienen en gran parte de pensiones, jubilaciones, changas (emigraciones temporarias, o peonazgo en el lugar) y, en algunos casos, planes de asistencia a “desocupados”, los actuales planes Jefes de Hogar¹⁸.

4. La pobreza en términos de imposibilidad

La imposibilidad se refleja en los espacios de vida de los advenidos pobres, como “impotencia y como no poder”, es decir, como ausencia y/o carencia que son constitutivas de sus situaciones de vida. Así, se entremezcla la carencia de cosas materiales, bienes, ingresos con las sensaciones de sufrimiento, puesto que: “...el dolor y la angustia que genera la pobreza no es fundamentalmente por carecer de cosas, sino por la experiencia de no poder, de inferioridad de condiciones con respecto a otros”. (Torres, 2001: 123).

Esto nos refiere al concepto de “ciudadanía de baja intensidad” al que alude Guillermo O’Donell (1993) en el que se pone de relieve de qué manera los ciudadanos “campesinos, los habitantes de los barrios pobres, los indígenas, las mujeres y demás...” no son tan iguales ante la ley, ni ante las instituciones que deben proveer y garantizar los derechos de educación, salud, justicia, trabajo, comunicación y seguridad. Lo cual pone en evidencia que cierto grado de “desigualdad” es necesario, en el sistema neoliberal hegemónico, pues alienta la actividad productiva y permite que los pobres sigan siendo pobres, en su comunidad y con la riqueza de sus saberes tradicionales y capacidades por desplegar.

Como un ejemplo de lo que implica pertenecer a los pueblos originarios en la Argentina, brindamos datos obtenidos por el programa de Atención Primaria de la Salud, en el año 2000: en Salta hay una población aborigen que representa un 14% del total¹⁹, sin embargo el 35% de la mortalidad infantil de la provincia ocurre en el seno de este grupo poblacional. Los datos más detallados analizados en Santa Victoria Este y Alto la Sierra, departamento Rivadavia, en el norte de Salta (en el que hay población wichi, toba y chorote), según lo señalado por Pietrafaccia, J. 2005²⁰,

18 Ingresos monetarios anuales en Iruya, datos obtenidos a partir de entrevistas a 71 familias (Finca El Potrero e Iruya), Salta. Fuente: relevamiento propio mediante encuestas, año 2005.

19 Suponemos una subestimación en estos números debido a las dificultades para autodenominarse aborígenes de muchos habitantes de la provincia, y por deliberada negación de esta realidad por parte de gran parte de funcionarios y autoridades.

20 Conferencia, 3 de setiembre de 2005, ACISCO, Salta

muestran que la mortalidad infantil y materna, la ocurrencia de cólera y otras enfermedades endémicas como chagas y tuberculosis, siempre tienen correlación positiva con la pertenencia a una etnia aborigen. También, el analfabetismo siempre es mayor en la población indígena que en el resto de la población de la provincia. En Iruya, la población indígena es el 96% del total (APS, 2000), sin embargo la alfabetización en este municipio es un poco mayor (15,67%, según CNP, 2001) que entre los pueblos aborígenes chaquenses (esto puede quizás encontrar parte de explicación en que estos aún conservan su propia lengua, la que está totalmente perdida entre los habitantes de la cordillera oriental).

Esta situación de pobreza, en la cual se sustenta el sentimiento de “no poder”²¹ se explicita por la voz de una de las mujeres de San Isidro: “... siempre fracasan nuestros hijos en el colegio y en la Universidad ¿será que no nos da la cabeza a nosotros?...”²² ¿Hasta qué punto este sentimiento de “no poder” no es impuesto y dispuesto por quienes crean y recrean las reglas del juego? Esta cuestión permite reflexionar en torno de cierta crisis, en las lógicas del Gobierno dirigidas a lo pobres, ya que por un lado en sus entramados discursivos proclaman el empoderamiento y la autogestión como modos de fortalecer y visibilizar las capacidades de los pobres, es decir, sus potencialidades. Lo cual se realiza mediante armamentos de dispositivos de intervención. Pero, a su vez, la percepción de los pobres respecto de su situación de vida refleja cierto sufrimiento, impotencia, sensaciones de imposibilidad, de estancamiento. A su vez, estas sensaciones, percepciones y prácticas de vida también pueden ser comprendidas como modos de resistencia cotidiana, por parte de los sujetos pobres, en este caso, campesinos e indígenas del norte argentino. Pues, sus silencios, dolores, percepciones muchas veces invisibilizadas permiten resistir a las disposiciones hegemónicas, que los necesitan de un cierto modo, para sostener la lógica mercantil, productiva, des-regulada y comunal de Gobierno.

4.1. Entre lo posible y lo imposible. Las demandas y las posibilidades pensadas por los propios habitantes del lugar

El “estar bien” para los campesinos del lugar se vincula con las actividades productivas tradicionales, pero también fuertemente con la dis-

21 El “poder” está siendo pensado en términos de “posibilidad” y no de “fuerza”. Siguiendo a Foucault, no se considera el poder de modo sustancial, y en este sentido no solo como coacción e imposición, sino también en sentido productivo, positivo.

22 C. S. San Isidro, 1998.

ponibilidad de dinero; y a la educación y esto se relaciona con la demanda por los llamados “accesos”, es decir: caminos, teléfono, energía eléctrica, comunicaciones en general, según sus palabras:

...la comunicación es importante para enterarnos si no sabemos nada; ...no nos enteramos de las inscripciones de los chicos en Salta; cuando han elegido el intendente han festejado, y nosotros no sabíamos quién había ganado; había una oportunidad para inscribirse en la Escuela de Policía y se han enterado sobre el día de cierre; la televisión sería buena para poder responder preguntas que hacen los maestros (País, Álvarez, Quiroga Mendiola y Tejerina, 2004: 5).

Así la comunicación o los llamados “accesos” aparecen como caminos que permitirían información, acceso a espacios educativos, espacios de debate y decisión (política, laboral), Por lo tanto los accesos abren las posibilidades de encuentros con mundos diferentes.

A su vez, esta percepción en torno de las posibilidades se relaciona con la concepción nativa acerca del “desarrollo”, el cual es sinónimo de: “conocer”, “aprender”.

“Desarrollarse es aprender...”; “...desarrollarse es crecer, madurar, ser más participativa, menos tímida, aprender a buscar fuentes de trabajo, valorar nuestra producción...” (País, Álvarez, Quiroga Mendiola y Tejerina, 2004: 6). El desarrollo se torna reflexivo, puesto que resulta un proceso en el cual es posible desarrollar-se, en torno de lo cual aparece la resonancia de cierta autonomía en estos espacios de vida, y también de ciertas disposiciones hegemónicas dirigidas al Gobierno de sí mismo, en tanto intromisión de ciertas lógicas en las entrañas mismas de la existencia.

Así, este doble juego de desarrollo se refleja también en los “deseos y sueños” de las mujeres de la comunidad, vinculados sobre todo con la falta de estudios y con la escasa posibilidad de elección del propio destino:

Yo hubiera deseado ser bailarina... o maestra jardinera; ...yo quería estudiar geografía; yo hubiese querido casarme con un marido profesional; yo siempre quería viajar, donde sea, conocer; a mí me hubiera gustado entrar a la gendarmería o ser aduanera; yo quería ser enfermera pero no me mandaron porque no había plata; mi hija quiere ser locutora de radio....²³

Los estudios de nivel secundario y terciario abrirían la posibilidad de lograr ingresos monetarios para que los hijos “no sufran lo que yo he sufrido” dice un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida laboral en el surco de sus tierras o en los surcos azucareros. Pero, fundamentalmente, brindarían el acceso a derechos ciudadanos denegados a los campesinos

23 Entrevistas personales, Iruya, 2005.

indígenas y pobres, pues así dicen: “la ley no es igual para todos”²⁴. Dicha percepción pone en evidencia aquello que Murillo llama la emergencia de un nuevo pacto social: “En este nuevo pacto la idea de igualdad natural debe ser desalojada, pues impide la flexibilidad e integración y en su lugar la ‘desigualdad’ posibilita la fluidez del mercado, al tiempo que el control de las poblaciones rebeldes” (Murillo, 2008: 63). En esta lógica neoliberal de integración internacional, lograda mediante vínculos estratégicos entre la sociedad civil, el Estado y los Organismos Internacionales, cierto grado de desigualdad es necesario.

De todos modos, la educación formal -polimodal y terciaria- suele implicar el alejamiento de los jóvenes de las comunidades y esto genera malestar entre los que se quedan “esta comunidad es muy triste, no hay jóvenes...”. Los adultos sueñan con el “desarrollo” logrado a través de los estudios, pero también con el regreso: “Que los chicos sigan estudios, pero en la misma zona. Que no se vayan lejos, que haya secundario acá”. “Que tenga una profesión, que estudien y vuelvan. Que sepan valorar la cultura de este lugar”²⁵.

Los adultos aspiran a que sus hijos continúen sus estudios, pero manifiestan la contradicción que esto les provoca, ya que es doloroso que los jóvenes deban emigrar y perciben el riesgo de que se infunda en ellos desprecio por la cultura y la forma de vida del lugar.

Fuera de este sueño de “progreso” a través de la educación formal, los campesinos varones demandan mejoras en las vías de comunicación, especialmente carreteras, que permitan la exportación de productos para la venta. La energía eléctrica también se encuentra entre las prioridades manifiestas, con el fin de aumentar las horas de trabajo y, por lo tanto, la productividad de la familia. Además, de la radio y la televisión que permitirían el acceso a la información necesaria, como acabamos de ver, para mejorar las posibilidades de elección. (Señalamos aquí que la inversión pública en caminos y electrificación es prácticamente nula en las comunidades fuera de cabecera de Municipio).

Cuando hablan las mujeres, los sueños remiten al ambiente doméstico: “yo antes lo que más deseaba era que cada uno de mis hijos tuviera su propia camita... ahora me gustaría que se vendan bien las artesanías para tener una habitación para los chicos”²⁶.

También mencionan las mujeres con mucha frecuencia el sueño de “tener muchas ovejitas” y la siembra, el verde, las plantas, los árboles. En todo momento aparece el agua como factor indispensable para poner ver-

24 Entrevistas personales, Iruya, 2005.

25 Taller comunitario, S. I., Iruya, 2003.

26 E. L., Taller comunitario, S. I., Iruya, 2003.

de el pueblo, para cosechar: “Si hubiera más agua tendríamos más trabajo, pero me resulta más fácil, si hay agua no tenemos que estar esperando que llueva, la cosecha es más segura”²⁷.

Este desandar entre posibilidades reales, sueños, deseos, ausencias y carencias, deja entrever las contradicciones cotidianas y propias, que entretejen el mundo de los campesinos e indígenas de Iruya y que reflejan las situaciones de vida de muchas de las poblaciones advenidas pobres en la Argentina. Dichas contradicciones no solo ponen en evidencia ciertas disposiciones e imposiciones de modos de ser y de mundos posibles, por parte de las lógicas hegemónicas del Gobierno en sus prácticas políticas de intervención. También dejan entrever las resistencias a estas disposiciones invasivas, entre silencios y actividades diarias, deseos y búsquedas de mundos posibles, por parte de estas poblaciones consideradas “pobres”.

Reflexiones finales

Frente al paso de toda la gama de políticas coloniales, eclesiales, de las elites dominantes, estatales y la retirada del Estado, con la que hemos sido atravesados desde las últimas décadas, las comunidades indígenas de la cordillera oriental en Salta han ido reacomodando su sistema de vida con agilidad. Pero, no sin experimentar, en el camino, el dolor de la explotación, la expoliación de sus recursos naturales, la expropiación de su tierra, la quita de sus derechos y la negación de su identidad.

Por tanto, la cuestión de “la pobreza” comprendida en su complejidad y desnaturalización puede ser analizada y comprendida en diferentes dimensiones. En términos económicos, surge de los datos procesados que los ingresos percibidos por las familias en Iruya son extremadamente escasos. Además, en cuestiones de salud y calidad de vida la alta morbimortalidad infantil registrada por datos del servicio de Atención Primaria de la Salud, la pobreza, según las personas entrevistadas trae aparejado el desmembramiento de las familias y la comunidad por la partida -especialmente, pero no únicamente- de los hombres adultos y jóvenes en busca de trabajo rentado; el duro y difícil trabajo diario en los cultivos y en los puestos de pastoreo; la precariedad de las viviendas y de la dieta familiar; la impotencia que significa la imposibilidad de elegir el propio destino; la “naturalización” del rol de “pobres” y “marginados” surgida -por ejemplo- del daño en la autoestima por fracasos en los intentos fuera de la comunidad (especialmente en lo que se refiere a la educación media y superior); la negación de su identidad aborigen y la utilización de sus saberes, tanto por parte de las políticas hegemónicas de intervención, como de la sociedad en su conjunto.

Esto pone de manifiesto cómo la pobreza remite, tanto a los mínimos básicos, que posibilitan la supervivencia (comida, vestimenta y vivienda), como también a la posibilidad de concretar sueños, deseos, según intereses y sentidos otorgados y constituidos en el acontecer de los diferentes modos de vida, que constituyen y atraviesan el espacio común de posibilidad, en el cual las prácticas cotidianas entretejen las redes relacionales de poder y potencialidad, creadoras para la realización, el encuentro, la comprensión y construcción conjunta.

Por tanto, la pobreza de los pueblos indígenas es producto de diversas condiciones históricas y políticas en torno de las cuales la sensación de “imposibilidad” de los propios “pobres” se retroalimentan con la discriminación, el olvido y el acallamiento deliberado, respecto de su cultura, por siglos. En este sentido, se trata de pobrezas, en tanto la pobreza material-económica se entreteje con la negación de su entidad, una negación de derechos, de ciudadanía, un cierre deliberado (o negligente) de caminos, accesos y oportunidades. Pues, a las carencias llamadas “obvias”, como la falta de alimento y abrigo suficiente, se agregan las “no tan obvias”, como la falta de posibilidades para la toma de decisiones, la pobreza de participación y de información. Pues, la pobreza no es solo material, es decir ausencia de dinero o bienes privados de compra y venta, no es solo hambre, frío y cansancio es también ausencia de espacios y tiempos para la reflexión, la escucha y el encuentro, es carencia de posibilidades de participación real, en la que los individuos inciden efectivamente sobre los procesos de la vida grupal y la naturaleza de sus decisiones. Y así ejercen “poder real” en el proceso de la toma de decisiones, la definición de objetivos y estrategias, en la ejecución de lo que se decide y en la evaluación de lo que se ha hecho en consecuencia, según parámetros autónomos de justicia y libertad.

Sin embargo, estas pobrezas que muestran las sensaciones reales y cotidianas de los sujetos “pobres”, también ponen de manifiesto cierta paradoja en las lógicas hegemónicas impuestas por el Gobierno en la década de los 90. Según las cuales, de lo que se trata es de reconocer las capacidades y habilidades de los pobres, sus capitales, sociales y humanos, para invertir en ellos y lograr empoderamiento, autogestión, participación activa. Todo, desde una lógica comunal, localista y según parámetros que hacen a la sustancialización de la pobreza estructural y por ende de las pobrezas ya dichas. Pues, no es cuestionado, modificado, ni reestructurado el diagrama de distribución y acceso a bienes, a cosas, a ingresos a medios de vida y para una vida más digna. Consideramos que la reflexión y comprensión de este entramado complejo, que pretende sustancializar la cuestión de la pobreza es una de las principales cuestiones que proponemos re-pensar como sociedad en conjunto.

Por esto, las prácticas políticas de intervención, así como sus lógicas de gobierno deberían consolidarse mediante el debate “real”, en el que los pueblos originarios fueran parte fundamental, con voz y voto participante²⁷, y poder de decisión en torno del desarrollo, explicitando tanto sus sueños y anhelos, como las carencias reales y cada vez más ocultas, olvidadas, encubiertas y naturalizadas. Pues, no solo se trata de “visibilizar” a los pueblos originarios, sino de reivindicar y escuchar los gritos, que desde antaño, resuenan y acompañan sus prácticas concretas e históricas de lucha y resistencia.

El presente trabajo ha sido un intento de poner a consideración la voz de los hombres y mujeres indígenas de las comunidades collas de Iruya. Para finalizar, y a propósito de las diferencias étnicas en nuestra provincia dice el médico sanitarista Julio Pietrafaccia: “...la equidad consiste en llevar la igualdad de oportunidades a todos, no en tratar a todos por igual”; acompañado de la poesía de Machado, según la cual de lo que se trata es de re-pensar en torno de: “...la incurable otredad que padece lo uno...”.

Bibliografía:

- Álvarez Leguizamón, Sonia (2002): “Capital social y concepciones de la pobreza en el discurso del Banco Mundial, su funcionalidad en la ‘nueva cuestión social’”, L. Andrenacci (Org.) *Cuestión social en el gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento, Ed. Al margen, pp. 143-163.
- (2005a): “El discurso del desarrollo y las representaciones sobre pobres y pobreza: ciencias sociales y Agencias de Desarrollo en América Latina (1950-1980)”, S. Álvarez Leguizamón, *Los discursos de la pobreza y el desarrollo humano*, inédito.
- (Comp.) (2005b): “Los discursos minimistas sobre las necesidades básicas y los umbrales de ciudadanía como reproductores de la pobreza”, *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

27 Hacemos enfáticamente acá la salvedad de que la “participación real” difiere de la “participación virtual”, en que los espacios creados se remiten solamente a ir, preguntar y hacer hablar, creyendo que una asamblea con muchas voces alcanza para la participación. La participación real es comprometida, responsable, se produce en un marco de reflexión y opinión, sin las trabas que las múltiples pobrezas llevan inmanentes (Sirvent, 2004).

- Bianchi, R. y C. E. Yáñez, (1992): Las precipitaciones en el Noroeste Argentino, 2ª ed., Salta, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).
- Bisio, F. H. y F. H. Forni, (1976): "Economía de enclave y satelización del mercado de trabajo rural. El caso de los trabajadores con empleo precario en un ingenio azucarero del noroeste argentino", *Desarrollo Económico*, V. 16, Buenos Aires, IDES.
- Cabrera, A. (1976): "Regiones fitogeográficas argentinas", *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería*, Fasc. 1, Buenos Aires, Editorial ACME.
- Conti, V. y M. Lagos, (1989): *Mano de obra indígena en los ingenios de Jujuy a principios de siglo*, Buenos Aires, CEAL.
- Foucault, M. (2006): *Sociedad, territorio y población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2007): *Nacimiento de la Biopolítica* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Murillo, S. (2008): "Producción de pobreza y construcción de subjetividad", Alberto D. Cimadamore y Antonio D. Cattani (Coord.), *Producción de la pobreza y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires-Bogotá (Colombia), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)- Siglo del Hombre Editores.
- Natera Rivas, J. J. (2005): "La población rural del noroeste argentino. Un ensayo de clasificación departamental a través del método del análisis multivariante", *Revista Geografía, Espacio y Sociedad*, V. 1, Nº 1, pp. 26-124.
- O'Donnell, G. (1993): "Estado, democratización y ciudadanía", M. Sacchi, (1997): *Mortalidad infantil. Un nombre, un rostro, una familia*, Buenos Aires, FLACSO – Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, pp: 35-50.
- Obschatko, Edith de, María del P. Foti y Marcela E. Román (2006): *Los pequeños productores en la República Argentina. Importancia en la producción agropecuaria y en el empleo en base al Censo Nacional Agropecuario 2002*, Buenos Aires, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) – Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios (PROINDER).
- País, A. et al. (2004): "Qué es vivir mejor. Las visiones del desarrollo desde las prácticas 2004", Tilcara, Jujuy, III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural, 4 y 5 de marzo.

- Pietrafaccia, Julio (2005): "Interculturalidad y salud", Salta, Asociación de Ciudadanía y Salud Colectiva (ACISCO), Conferencia 3 de setiembre.
- Reboratti, C. E (1996): "Ambiente, hacienda y campesinado en los Andes del Noroeste", Viña del Mar (Chile), I Taller Internacional de Geología de Montaña y Desarrollo Sustentable de los Andes del Sur, Universidad de Chile/ UNU.
- Schenider, S. y I. Peyré Tartaruga (2005): "Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales", M. Manzanal, G. Neiman y M. Lattuada (Comp.) *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Sirvent, M. T. (2004): *Cultura popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos (Buenos Aires)*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (UBA), Miño y Dávila.
- Torres, A. (2001): *La Iglesia que nos robaron*. Madrid (España), Ed. Nueva Utopía.
- Torres, T. (1996): "Seminario sobre políticas públicas para la infancia rural", Humahuaca (Jujuy), Prelatura de Humahuaca – Obra Claretiana para el Desarrollo (OCLADE) - Programa Yachay - Fundación Van Leer, 11 al 13 de abril de 1996.

Resumen

La intención del presente artículo es compartir experiencias de trabajo realizadas en el mundo andino de la Cordillera Oriental de Iruya, Salta. A partir de la reflexión, el análisis y la descripción, en torno de la vivencia cotidiana de la "pobreza" -actividades y posibilidades- por parte de las poblaciones del lugar, advenidas "pobres". En este contexto, la situación de vida de los "pobres" no solo es percibida por ellos mismos a partir de la carencia de bienes materiales y de ingresos, sino también con dolor y sufrimiento, acompañado de sensaciones de imposibilidad. Y, a su vez, con la resonancia y el impulso de deseos, sueños, anhelos y búsqueda de mundos posibles y diferentes. Así, estos sujetos "pobres y sus pobreza" no solo asisten y son asistidos por intervenciones y disposiciones externas, sino que resisten entre silencios y deseos, entre actividades cotidianas y búsquedas. Pues, se parte del supuesto de que la pobreza no es un estado natural, sino una producción acaecida, según parámetro y dimensiones políticas, económicas, culturales e históricas específicas. Dicho trabajo, se nutre de diversas entrevistas y talleres realizados en la comunidad de Iruya. Así, como de materiales obtenidos de Programas y experiencias de trabajadores comunitarios.

Palabras clave: Pobreza / pobres / gubernamentalidad / actividades cotidianas / búsquedas

Abstract

The intention of this article is to share working experience in the Andes of the Cordillera Oriental of Iruya, Salta. From the reflection, analysis and description, the daily life environment of "poverty", activities and possibilities, by the people of the place, coming "poor". In this context, the living conditions of the "poor" is not only perceived, by themselves, from the lack of material goods and income, but also with pain and suffering, accompanied by feelings of failure. And, in turn, with the resonance and the impulse of wishes, dreams, desires and the search for different possible worlds. Thus, these individuals "poor and their poverty", not only assist and are assisted by foreign interventions and provisions, but resist, between silences and desires, including daily activities and pursuits. Well, it is assumed that poverty is not a natural state, but it has been caused by political, economic parameter cultural and historical specific.

This work draws on many interviews and workshops in the community of Iruyas, as well as materials obtained from programs and experiences of community workers.

Keywords: Poor / poverty / governmentality / daily activities / pursuits